

# **HOMILIA EN LAS BODAS DE PLATA DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA POPULAR DEL RISARALDA**

Card. Darío Castrillón Hoyos 14 – Febrero –2000

Sabid. 6,12–20

Queridos Hermanos:

Nos reunimos hoy, en la fiesta jubilar de la Universidad Católica Popular del Risaralda, para dar gracias a Dios por las bendiciones que su bondadosa Providencia ha otorgado a la querida Institución. De Dios viene todo don perfecto. Y para manifestar ante el Señor nuestra gratitud hacia todas las personas que de uno u otro modo han contribuido a la realización de esta empresa consagrada, desde la fe, al bien común de la sociedad en Pereira, y en toda la Nación.

El don más grande que hemos recibido de Dios es la inteligencia, que es una participación de la inteligencia divina, y nos pone por encima de todas las demás criaturas de este mundo.

Desde los tiempos antiguos de la era cristiana las escuelas de enseñanza superior y las universidades han sido uno de los instrumentos más valiosos para el desarrollo de la inteligencia individual y colectiva.

Para los creyentes el uso de la inteligencia en armonía con los afectos tiene una profunda y constante relación con el ser divino y se convierte en sabiduría, riqueza inestimable de la existencia humana.

En la Sagrada Biblia nos habla el Espíritu de Dios y nos dice: «Qué es la Sabiduría y cómo ha nacido? lo voy a declarar; no os ocultaré los misterios, sino que seguiré sus huellas desde el comienzo de su existencia, pondré su conocimiento al descubierto y no me apartaré de la verdad» (Sabiduría, 6,22). .. «La abundancia de sabios es la salvación del mundo y un rey prudente, la estabilidad del pueblo» (6, 24).

La Iglesia ha tenido la preocupación de crear centros educativos a todos los niveles para prestar este importante servicio a la sociedad que necesita la sabiduría para cumplir sus metas. Con miras a este servicio amplio del bien común, nunca se limitó a la sola enseñanza religiosa, porque con la Sagrada Escritura cree que «la abundancia de sabios es la salvación del mundo». No hay mejor patrimonio para entregar a los hijos que la educación y la sabiduría.

« Por eso pedí y se me concedió la prudencia; supliqué y me vino el espíritu de Sabiduría. (Sabiduría 7,7) 7,8 Y la preferí a cetros y tronos y en nada tuve a la riqueza en comparación de ella. 7,9 Ni a la piedra más preciosa la equiparé, porque todo el oro a su lado es un puñado de arena y barro parece la plata en su presencia. 7,10 La amé más que la salud y la hermosura y preferí tenerla a ella más que a la luz, porque la claridad que de ella nace no conoce noche. 7,11 Con ella me vinieron a la vez todos los bienes, y riquezas incalculables en sus manos». Efectivamente, al lado de una buena educación convenida en sabiduría el oro es como un puñado de arena. Grandes herencias se agotan pero la sabiduría permanece y puede crecer en los tiempos difíciles.

En el versículo 17 del libro sagrado encontramos casi como un esbozo de un plan universitario: « Fue él quien me concedió un conocimiento verdadero de los seres, para conocer la estructura del mundo y la actividad de los elementos, el principio, el fin y el medio de los tiempos, los cambios de los solsticios y la sucesión de las estaciones, los ciclos del año y la posición de las estrellas, la naturaleza de los animales y los instintos de las fieras, el poder de los espíritus y los pensamientos de los hombres, las variedades de las plantas y las virtudes de las raíces». Baruc, 3,23 nos enseña que la ciencia no es completa si no está en armonía con el Dios de la trascendencia: «Los hijos de Agar, que andan buscando la inteligencia en la tierra, los mercaderes de Madián y de Temán, los autores de fábulas y los buscadores de inteligencia, no conocieron el camino de la sabiduría ni tuvieron memoria de sus senderos. ¡Oh Israel, qué grande es la casa de Dios, qué vasto el lugar de su dominio!

San Pablo retoma en su Primera Carta a los Corintios este tema. No hay sabiduría lejos de Dios. Así escribe el Apóstol: «Porque dice la Escritura: Destruiré la sabiduría de los sabios, e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el sofista de este mundo? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación. Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres» 1,19–26.

Puebla y Santo Domingo, Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano destacaron entre las prioridades de acción la formación de la clase dirigente, de los llamados constructores de la sociedad y es lógico porque el bienestar de los pueblos depende en buena medida de sus clases dirigentes. Así lo dice el Señor en el sagrado libro del Eclesiástico, 10,3: «El

rey sin instrucción arruinará a su pueblo, la ciudad se edifica sobre la prudencia de los dirigentes».

El Santo Padre, Juan Pablo II en su reciente encíclica *Fides et Ratio* dice: «Entre los diversos servicios que la Iglesia debe ofrecer a la humanidad, hay uno del cual ella es responsable en modo del todo particular: es la diaconía de la verdad. Esta misión, por una parte vuelve a la comunidad creyente partícipe del esfuerzo común que la comunidad cumple para llegar a la verdad; y por otra parte la obliga a hacerse cargo del anuncio de las certezas adquiridas, siempre con la conciencia clara de que toda verdad conseguida es siempre y solamente una etapa hacia aquella plena verdad que se manifestará en la revelación última de Dios» (F. et R. 2)

Al celebrar los 25 años de la Universidad, damos gracias a Dios por que nos ha permitido colaborar en el perfeccionamiento del hombre y de la sociedad. Somos concientes de que en el inmenso campo del saber, nuestra universidad cubre un área modesta pero ha sido un esfuerzo perseverante en pos de la ciencia y la sabiduría. Un grupo ciertamente reducido pero notable de personas se han capacitado para servirle honesta y eficazmente al país en un período de su historia marcado por muchas frustraciones y dolores pero esta es una unidad que se suma a todas las cosas maravillosas que tiene nuestra patria y es uno de los múltiples signos de esperanza para el ansiado futuro mejor.

El hombre está suspendido en cada momento entre el ser que tiene la vocación de realizar y la vuelta a la nada de donde ha sido sacado. Esta parecería ser la perspectiva sombría de muchos de nuestros compatriotas. De hecho éste ha sido siempre y es hoy el riesgo grande y noble de toda existencia y la tensión suprema de la esperanza.

Desde una seria formación cristiana podemos leer en toda su dimensión positiva el evangelio de hoy. A esta generación no se le dará un signo. Así dice Marcos pero el evangelista S. Mateo agrega: no se dará un signo sino el de Jonás, el profeta. Este es el signo máximo, la Resurrección de Cristo. En ella se fundan las sólidas esperanzas del hombre, es ella la cifra mayor de la perfección. En esta –hora de dificultades en Colombia, pongamos nuestras esperanzas en el Cristo Vencedor de la muerte y de todos los males que de ella son cortejo. Unamos a El las fecundas cosechas de estos 25 años de la Universidad, una luz más que se enciende en medio de tantas tinieblas. Y terminemos estos momentos de reflexión con unas hermosísimas palabras de San Gregorio de Nisa: "Siendo capaz el poder divino de inventar una esperanza donde ya no hay esperanza y un camino en lo imposible," pongámonos en sus manos con la intercesión poderosa de la "Sedes Sapientiae", la bien amada patrona de esta mi querida e inolvidable Ciudad de Pereira, María, Nuestra Señora de la Pobreza.

